

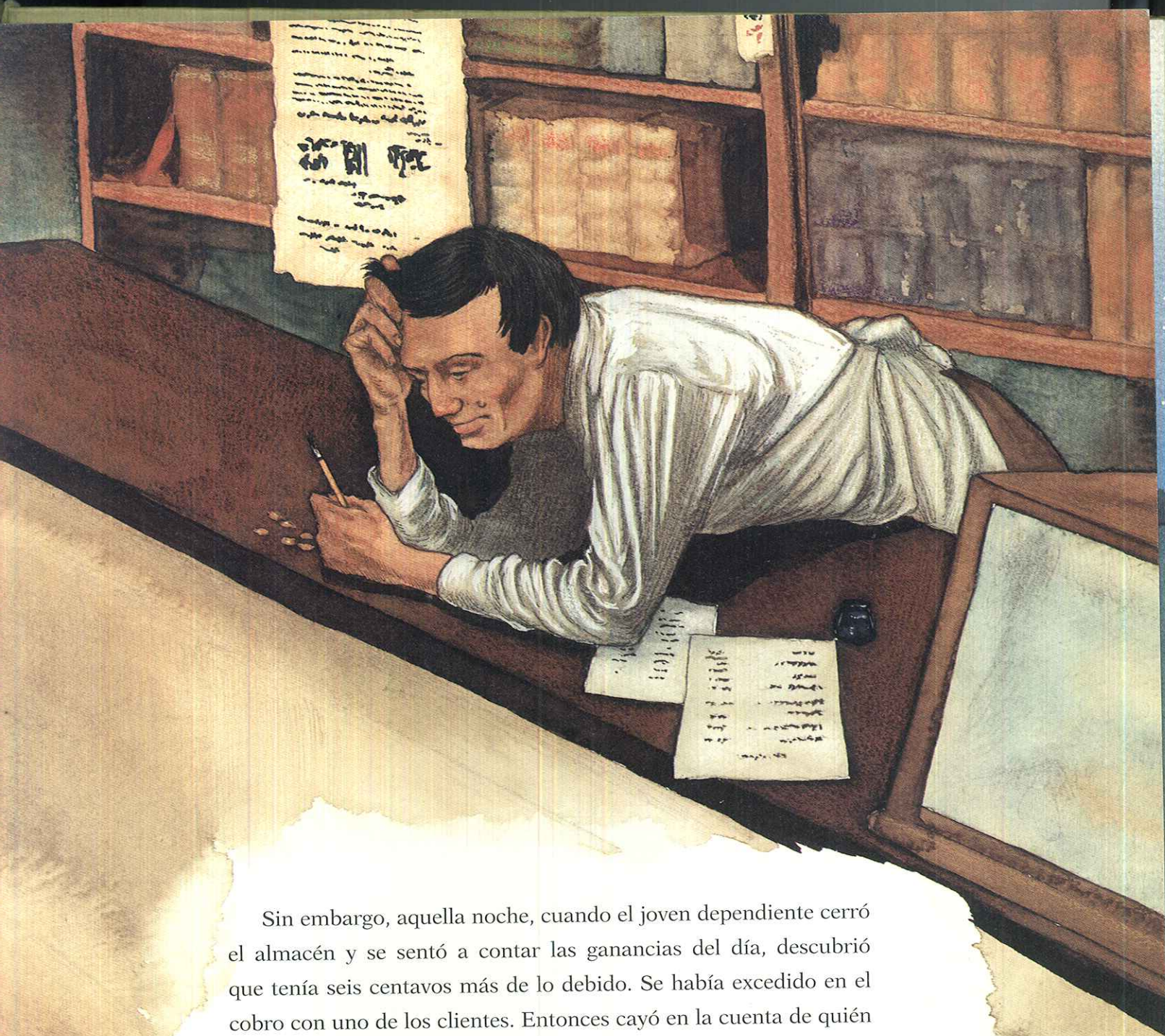
El honrado Abraham

Hay personas que acaban siendo grandes héroes realizando acciones insignificantes pero buenas.

Cuando Abraham Lincoln era joven y vivía en el pueblo ribereño de New Salem, en Illinois, consiguió un trabajo de dependiente en un almacén. Allí vendía la clase de artículos que necesitaban los colonos de la frontera: desde botones hasta tela, pasando por mangos de hacha y pólvora.

Un día una mujer entró en el negocio para comprar varias cosas. Abraham envolvió lo que había adquirido e hizo la cuenta. En total eran dos dólares y seis centavos. La mujer dejó las monedas sobre el mostrador y, tras tomar el paquete, se despidió de Abraham dándole los buenos días.





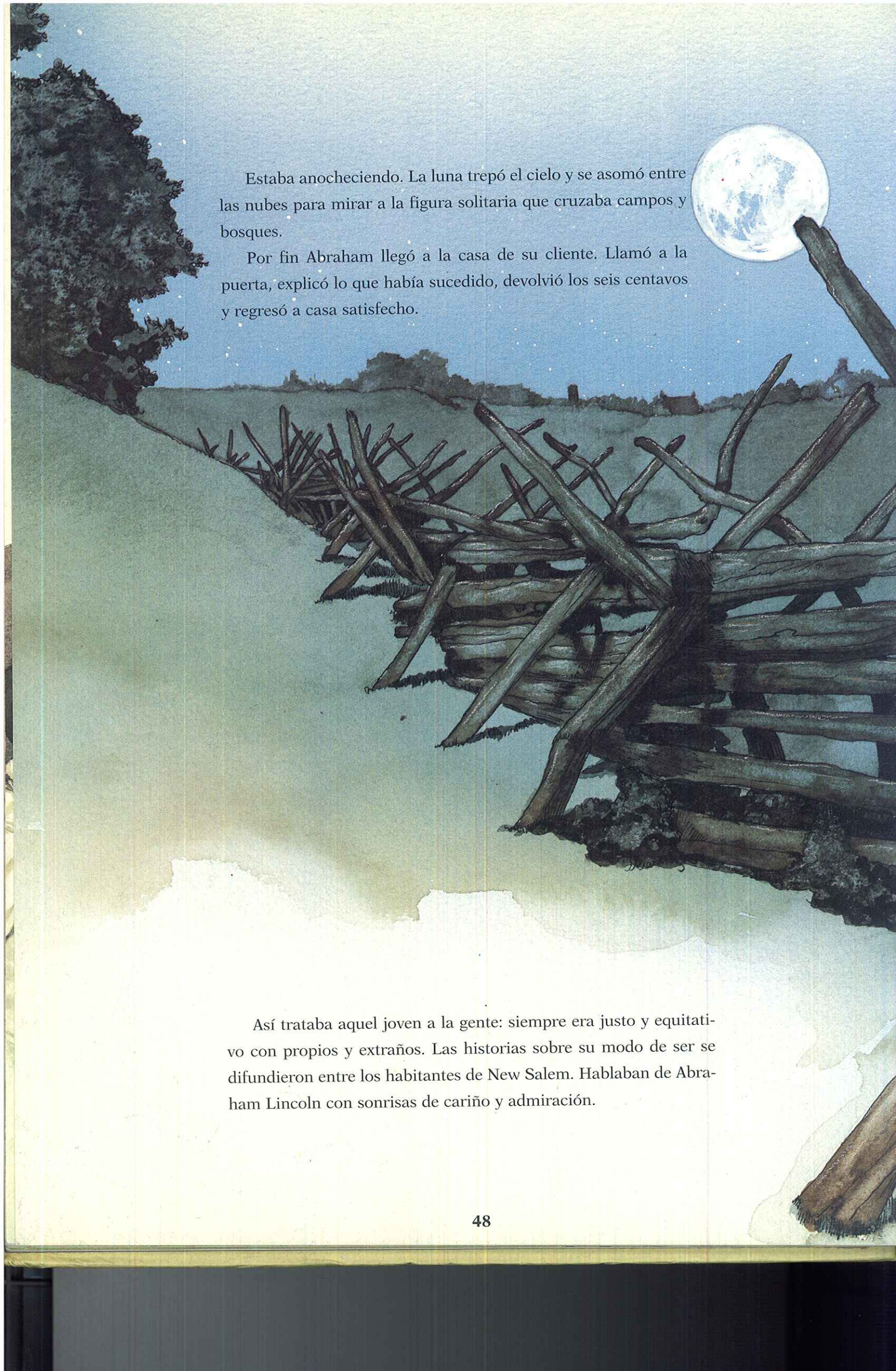
Sin embargo, aquella noche, cuando el joven dependiente cerró el almacén y se sentó a contar las ganancias del día, descubrió que tenía seis centavos más de lo debido. Se había excedido en el cobro con uno de los clientes. Entonces cayó en la cuenta de quién se trataba.

«He cometido un error —se dijo—. He hecho pagar a esa mujer seis centavos de más.»

Incluso en aquella época seis centavos no significaban gran cosa. Muchos dependientes se habrían encogido de hombros y se habrían olvidado del asunto. Pero Abraham era demasiado honrado para hacer algo semejante.

«He de devolver este dinero», decidió.

Esto habría sido fácil si la mujer hubiera vivido a la vuelta de la esquina, pero, como bien sabía Abraham, vivía a cinco kilómetros del pueblo. No tenía importancia. Cerró el negocio con llave y se puso en marcha.



Estaba anocheciendo. La luna trepó el cielo y se asomó entre las nubes para mirar a la figura solitaria que cruzaba campos y bosques.

Por fin Abraham llegó a la casa de su cliente. Llamó a la puerta, explicó lo que había sucedido, devolvió los seis centavos y regresó a casa satisfecho.

Así trataba aquel joven a la gente: siempre era justo y equitativo con propios y extraños. Las historias sobre su modo de ser se difundieron entre los habitantes de New Salem. Hablaban de Abraham Lincoln con sonrisas de cariño y admiración.

Años más tarde, cuando ya había sido proclamado presidente de Estados Unidos, los habitantes del pueblo gustaban de llamarle por el apodo que se había ganado entre ellos: Abraham, *el Honrado*.

